



EL PROBLEMA FINAL



Sir Arthur Conan Doyle



El problema final

Diciembre de 1893

Sir Arthur Conan Doyle



Sherlock-Holmes.es

Tomo la pluma con tristeza para redactar estos pocos párrafos, que serán los últimos que yo dedicaré a dejar constancia de las singulares dotes que distinguieron a mi amigo el señor Sherlock Holmes. Me he esforzado, aunque de una manera inconexa y, estoy profundamente convencido de ello, del todo inadecuada, en relatar como he podido las extraordinarias aventuras que me han ocurrido en su compañía desde que la casualidad nos juntó, en el período del Estudio en escarlata, hasta la intervención de Holmes en el asunto de El Tratado naval, intervención que tuvo como consecuencia indiscutible la de evitar una grave complicación internacional. Era propósito mío el haber terminado con ese relato, sin hablar para nada del suceso que dejó en mi vida un vacío que los dos años transcurridos desde entonces han hecho muy poco por llenar. Pero las recientes cartas en que el coronel James Moriarty defiende la memoria de su hermano me fuerzan a ello, y no tengo otra alternativa que la de exponer los hechos tal como ocurrieron.

Soy la única persona que conoce la verdad exacta del caso, y estoy convencido de que ha llegado el momento en que a nada bueno conduce el suprimirla. Por lo que yo sé, sólo han aparecido en la Prensa tres relatos: el que publicó el *Journal de Geneve* el día 6 de mayo de 1891, el telegrama de *Reuter* que apareció en los diarios ingleses el día 7 de mayo y, por último, las cartas recientes a que antes aludí. El primero y el segundo de estos relatos son sumamente lacónicos, en tanto que el último tergiversa por completo los hechos, según voy a demostrarlo. Me toca a mí el contar por primera vez qué es lo que verdaderamente ocurrió entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.



Se recordará que después de mi matrimonio y de mi consiguiente iniciación en el ejercicio independiente de la profesión médica se vieron, hasta cierto punto, modificadas las íntimas relaciones que habían existido entre Holmes y yo. Siguió recurriendo a mí de cuando en cuando, es decir, siempre que deseaba tener un compañero en sus investigaciones, pero tales oportunidades fueron haciéndose cada vez más raras, como lo demuestra el que sólo conservo notas de tres casos durante el año 1890. Leí en los periódicos, durante el invierno de ese año y los comienzos de la primavera de 1891, que el Gobierno francés había comprometido sus servicios en un asunto de suprema importancia, y recibí de Holmes dos cartas, fechada la una en Narbona y la otra en Nimes, de las que deduje la probabilidad de que su estancia en el país francés iba a ser larga. Por eso me produjo cierta sorpresa el verlo entrar en mi consultorio la tarde del día 24 de abril. Me produjo la impresión de que estaba más pálido y enjuto que de costumbre.

—Sí, me he estado empleando con bastante generosidad — me explicó, respondiendo a mi mirada más bien que a mis palabras—. Los asuntos me han apremiado algo en los últimos tiempos. ¿Le causará alguna molestia si cierro los postigos de la ventana?

No había en la habitación otra luz que la que proporcionaba la lámpara colocada encima de la mesa en que yo estaba leyendo. Holmes avanzó pegado a la pared hasta llegar a la ventana, y juntando los postigos los aseguró por dentro con el pestillo.

—¿Tiene usted miedo de algo? —le pregunté.

—Lo tengo.

—¿De qué?

—De los fusiles de aire comprimido.

—¿Qué me quiere dar a entender, querido Holmes?

—Creo que usted me conoce lo bastante bien, Watson, para saber que no soy en modo alguno un hombre nervioso. Por otra parte, el cerrar los ojos al peligro cuando uno lo tiene encima es estupidez y no valentía.

—¿Me puede dar usted una cerilla?

Aspiró el humo de su cigarrillo como si recibiese con gratitud su influencia sedante.

—Tengo que pedirle disculpa por venir tan tarde, y, además, he de suplicarle que se muestre tan poco apegado a las buenas formas que me permita dentro de un rato abandonar su casa descolgándome por la pared del jardín posterior.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —le pregunté.

Alargó la mano y pude ver a la luz de la lámpara que dos de los nudillos de sus dedos estaban reventados y sangrando.

—Como ve, no se trata de una minucia impalpable —me contestó, sonriendo—. Todo lo contrario, se trata de algo lo bastante más sólido como para destrozarle a un hombre la mano. ¿Está en casa su señora?

—Está ausente, pues marchó de visita.

—¡Ah, sí! ¿Está usted solo?

—Completamente.

—Pues entonces ya me resulta menos violento el proponerle que se venga a pasar conmigo una semana en el continente.

—¿En qué parte?

—¡Oh, donde quiera! Para mí es lo mismo.

Todo aquello resultaba muy extraño. No entraba en el carácter de Holmes el tomarse unas vacaciones sin una finalidad concreta, y algo que observé en su rostro, pálido y cansado, me dio a entender que los nervios de mi amigo estaban en el punto máximo de tensión. El vio en mis ojos la pregunta y, juntando las yemas de sus dedos y colocando los codos encima de sus rodillas, me explicó lo que ocurría.



—Es probable que jamás haya oído usted hablar del profesor Moriarty, ¿verdad? —me preguntó.

—Jamás.

—¡Ahí está precisamente lo genial y asombroso del asunto! —exclamó—. El hombre llena por completo Londres, y nadie ha oído hablar de él. Esa razón es la que lo empujó hasta la cumbre en los fastos del crimen. Le digo con toda seriedad, Watson, que si yo consiguiera vencer a ese hombre, si me fuera posible libertar de él a la sociedad, tendría la sensación de que mi carrera había alcanzado su cúspide, y estaría dispuesto a consagrarme a un género de vida más sosegado. Entre nosotros, los casos recientes en los que pude ser de utilidad a la real familia de Escandinavia y a la República francesa me han colocado en una situación tal que me sería posible seguir viviendo de la manera tranquila que va tan bien con mi carácter, y concentrar mi atención en mis investigaciones químicas. Pero yo no podría descansar, Watson, no podría permanecer tranquilo en mi sillón, con el pensamiento de que un hombre como el profesor Moriarty se paseaba por las calles de Londres sin que nadie le fuese a la mano.

—Pero ¿qué es lo que él ha hecho?

—Su carrera ha sido de las extraordinarias. Es hombre de buena cuna y de excelente educación, y está dotado por la Naturaleza de una capacidad matemática fenomenal. A la edad de veintiún años escribió un tratado sobre el teorema de los binomios, que alcanzó boga en toda Europa. Con esa base ganó la cátedra de matemáticas en una de nuestras universidades menores. Se abría delante de él, según todas las apariencias, una brillante carrera. Pero el hombre en cuestión tenía ciertas tendencias hereditarias de la índole más diabólica. Coma por sus venas sangre criminal que, en vez de modificarse, se multiplicó y se hizo infinitamente más peligrosa mediante sus extraordinarias dotes mentales. Circularon negros rumores en torno suyo por la ciudad en que estaba situada la Universidad y, por fin, se vio obligado a renunciar a su cátedra y a venir a Londres, donde se estableció como preparador de oficiales del ejército.

Todo eso es lo que el mundo sabe del profesor, pero ahora le voy a contar lo que yo mismo he descubierto. Usted sabe bien, Watson, que nadie conoce tan bien como yo el alto mundo de la criminalidad londinense. Por espacio de varios años he vivido con la constante sensación de que detrás de los malhechores existía algún poder, un poder de gran capacidad organizadora, que se cruza siempre en el camino de la justicia y que cubre con su escudo a los delincuentes. Una y otra

vez, en casos de la más diversa variedad, falsificaciones, robos, asesinatos, he palpado la presencia de esa fuerza de que le hablo, y he deducido la intervención de su mano en muchos de los crímenes que no llegaron a descubrirse y en los que no se me consultó personalmente. Me he esforzado durante años en rasgar el velo que envolvía ese poder. Hasta que llegó el momento en que pude agarrar mi hilo y lo seguí, y ese hilo me condujo, después de mil astutos rodeos, hasta el profesor Moriarty, el afamado matemático. Watson, ese hombre es el Napoleón del crimen.

Es el organizador de la mitad de los delitos y de casi todo lo que no llega a descubrirse en esta gran ciudad. Ese hombre es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Posee un cerebro de primer orden. Permanece inmóvil en su sitio, igual que una araña tiende mil hilos radiales y él conoce perfectamente todos los estremecimientos de cada uno de ellos. Es muy poco lo que actúa personalmente. Se limita a proyectar. Pero sus agentes son numerosos y magníficamente organizados. En cuanto hay un crimen que cometer, un documento que sustraer, una casa que saquear, un hombre a quien quitar de en medio, se notifica al profesor lo que ocurre, se organiza el hecho y se lleva a cabo. Existe la posibilidad de que el agente sea apresado. En ese caso hay siempre dinero dispuesto para ofrecer como garantía de su libertad provisional o para su defensa. Pero el poder central que se sirve de ese agente no cae nunca en manos de la justicia, y ni siquiera llega a sospecharse su existencia. He aquí la organización de cuya realidad me aseguré mediante deducciones, Watson, y a cuyo descubrimiento público y destrucción he dedicado todas mis energías. Pero el profesor se había rodeado de salvaguardias tan astutamente colocadas que hiciese yo lo que hiciese, parecía imposible lograr pruebas capaces de demostrar su culpabilidad ante un tribunal de justicia. Usted, mi querido Watson, conoce los puntos que yo calzo, pero al cabo de tres meses me vi obligado a confesar que había tropezado, por fin, con un antagonista que me igualaba en capacidad intelectual. El horror que me inspiraban sus crímenes se diluyó en mi admiración ante su destreza. Pero un buen día tuvo un resbalón pequeño, pequeñísimo. Sin embargo, fue más que suficiente, y yo le caí encima. Se me había presentado mi oportunidad, y, partiendo de aquel resbalón, he urdido mi red en torno al profesor. La red está a punto de cerrarse. De aquí a tres días, es decir, el lunes próximo, estarán las cosas maduras, y el profesor caerá en manos de la Policía con todos los miembros destacados de su cuadrilla. Entonces presenciaremos la vista de la mayor causa criminal del siglo, el esclarecimiento de cuarenta y tantos misterios y el dogal como condena de cada uno de ellos; pero, compréndame, si actuamos prematuramente, quizá se nos escurran de entre las manos incluso en el último instante. Ahora bien: si hubiésemos podido hacer esto sin que se enterase el profesor Moriarty, todo habría salido a pedir de boca. Pero es hombre demasiado precavido para semejante cosa. A él no se le escapó ni uno solo de los pasos que yo he dado para ir cercándolo con mis lazos. Una y otra vez ha intentado romper el cerco, pero siempre he desbaratado yo sus tentativas.

Le digo, amigo mío, que si fuera posible escribir un relato detallado de esa lucha silenciosa, sería considerado como el ejercicio más brillante de estocadas y paradas de la historia del detectivismo. Jamás me he elevado yo a tales alturas y jamás me he visto tan duramente acosado por mi adversario. El hiló muy fino, pero yo afiné todavía más. Esta mañana se han tomado las últimas disposiciones, y sólo se necesitarán tres días para dar cima al asunto. Me hallaba yo sentado en mi habitación, discurrendo sobre este asunto, cuando se abrió la puerta y compareció ante mí el profesor Moriarty. Yo tengo los nervios bastante bien templados, Watson, pero tengo que confesar que di un respingo al ver en pie, en el umbral de mi puerta, al mismísimo hombre que no se apartaba de mis pensamientos. Yo estaba familiarizado con su aspecto personal. Es un hombre muy alto y seco; su frente ancha se yergue en blanca curva como un torreón, y tiene los ojos profundamente hundidos en el cráneo. Va completamente afeitado, es pálido, de apariencia asceta y conserva en sus rasgos ciertas características propias de un profesor. Es cargado de hombros, debido a su mucho estudiar, y mantiene su rostro adelantado en una especie de perpetua y lenta oscilación de un lado para otro, al extraño modo de los reptiles. Me miró con sus ojos medio cerrados, con expresión de curiosidad, y, por fin, me dijo: «Posee usted un desarrollo frontal inferior al que yo calculaba. Es una costumbre peligrosa la de poner el dedo en el gatillo de un arma cargada que se lleva en el batín.» La verdad es que yo me di cuenta, así que él entró, del gravísimo peligro personal en que me encontraba. No había para él otra posible escapatoria que la de silenciar mi lengua.



Fue cosa de un instante el sacar el revólver del cajón, meterlo en mi bolsillo y apuntarle por detrás de la tela. Al oírle hablar así, saqué mi revólver y lo coloqué encima de la mesa con el gatillo levantado. El profesor seguía sonriéndome y parpadeando, pero algo tenían sus ojos que me hizo alegrarme de tener a mano el arma «Está claro que usted no me conoce», dijo. «Todo lo contrario — le contesté—; creo que está bastante claro que lo conozco. Siéntese, por favor. Le puedo dedicar cinco minutos si tiene algo que manifestarme.»

«Todo cuanto querría decirle yo ha cruzado ahora por su imaginación», me contestó. «Pues entonces, quizá haya cruzado mi respuesta por la suya», le dije. «¿Sigue usted en sus trece?» «Por completo.» Metió él de golpe la mano en su bolsillo, y yo empuñé el arma. Pero él se limitó a sacar un cuaderno en el que había garrapateado algunas notas, y dijo: «El cuatro de enero se cruzó usted en mi camino. El veintitrés me molestó; hacia mediados de febrero esas molestias se hicieron muy serias; a fines de marzo me vi sumamente embarazado en mis proyectos, y ahora, a fines de abril, me encuentro colocado en situación tal, por culpa de la persecución constante de que usted me ha hecho objeto, que estoy en verdadero peligro de perder mi libertad. La situación se está haciendo imposible.» «¿Tiene usted alguna sugerencia que hacer?», le pregunté.

«Debe usted abandonar el asunto, señor Holmes —me dijo, con el balanceo característico de su cara—. Ya sabe usted que debe abandonarlo.» «Después del lunes», le contesté. «¡Vaya, vaya! —dijo él—. Un hombre de su inteligencia tiene que comprender que este negocio no tiene sino una salida. Es preciso que usted se retire. Ha dispuesto usted las cosas de tal manera que sólo nos ha dejado una alternativa. Para mí ha constituido un placer intelectual la manera como ha abordado



usted este problema, y le aseguro, con sinceridad, que me dolería muchísimo el verme obligado a recurrir a una medida extrema. Usted se sonríe, pero le aseguro que me dolería» «El peligro es una parte de mi profesión», le hice notar. «Aquí no se trata de un peligro. Se trata de una destrucción inevitable. Usted no se interpone solamente en el camino de un individuo, sino en el de una poderosa organización, cuyo alcance pleno usted, a pesar de toda su inteligencia, ha sido incapaz de medir. Señor Holmes, debe apartarse o, de lo contrario, será pisoteado.» «Estoy viendo que el placer que me proporciona esta conversación me hace desatender asuntos de importancia que me esperan en otra parte», le dije poniéndome en pie. También él se levantó y me miró en silencio, moviendo tristemente la cabeza. «Bueno, bueno —dijo por último—. Parece una lástima, pero he hecho cuanto estuvo en mi mano. Conozco una por una todas sus jugadas. Nada puede usted hacer

antes del lunes. Hemos sostenido un duelo usted y yo, Holmes. Usted espera llevarme al banquillo. Yo le aseguro que jamás me sentaré en el banquillo. Usted confía en vencerme. Yo le aseguro que no me vencerá jamás. Si su habilidad llega hasta destrozarme, tenga la seguridad de que yo haré lo propio con usted.» «Señor Moriarty, usted me ha dirigido varios cumplidos —contesté yo—. Permítame que le diga a mi vez que, si yo estuviera seguro de la primera de estas alternativas, aceptaría gustoso, en interés del público, la segunda» «Yo puedo prometerle una cosa, pero no la otra», contestó burlón, y con eso me volvió sus cargadas espaldas y salió del cuarto, fijándose en todo y parpadeando. Tal fue mi extraña entrevista con el profesor Moriarty.

Confieso que dejó en mí una desagradable impresión. Su manera de hablar, meliflua y concisa, produce un convencimiento de sinceridad que no conseguiría un simple fanfarrón. Naturalmente que usted me dirá «Por qué no adoptar contra el profesor ciertas precauciones policíacas?» Pues porque estoy bien convencido de que el ataque me vendrá de sus agentes. Poseo las mejores pruebas de que ocurriría eso.

—¿Ha sido usted ya objeto de alguna agresión?

—Mi querido Watson, no es el profesor Moriarty hombre que deje crecer la hierba bajo sus pies. A eso del mediodía salí para realizar unas transacciones en *Oxford Street*. Al cruzar desde la esquina de Bentinck Street hasta Welbeck Street, un carro de muebles tirado por dos caballos enloquecidos la dobló y se precipitó sobre mí como un rayo. Yo pegué un salto, gané la acera y me salvé por una fracción de segundo. El carro de muebles se precipitó desde Maylebone Lane y desapareció en un instante. Desde ese momento no me salí de la acera, Watson; pero cuando caminaba por Vere Street adelante, cayó del tejado de una de las casas un ladrillo y se hizo pedazos a mis pies. Llamé a la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

